GUILLERMO LORA

CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA: BASAMENTOS DE LA ORGANIZACIÓN PARTIDISTA

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

PROBLEMAS ORGANIZATIVOS CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA: BASAMENTOS DE LA ORGANIZACIÓN PARTIDISTA

EL PROGRAMA ES EL PARTIDO: TROTSKY

Lenin escribió que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria y así se anticipó a la conclusión de L. Trotsky de que el programa es el partido. Comprender a cabalidad estos planteamientos es fundamental e inexcusable para un marxista.

Nuevamente se trata de la unidad entre teoría y práctica, entendiendo que ésta cobra preeminencia con referencia a la asimilación de lo que hacen los hombres en el proceso de la producción.

¿Cómo aplicar este planteamiento al proceso de formación partidista?

a) La política (la lucha de clase contra clase) es, en último termino creación de ideas y en este aspecto se diferencia con toda nitidez de la politiquería burguesa, del arribismo económico y social. Esta caracterización generalmente no se toma en cuenta, sobre todo cuando se busca separar la teoría y la organización partidista.

Corresponde subrayar que es el teórico -el creador de ideas- el que define la suerte del Partido, es su verdadero dirigente.

Los propagandistas, los agitadores y los organizadores, juegan un papel importante dentro de la vida del Partido y por momentos se tornan preeminentes de acuerdo a las transformaciones que sufre la situación política.

La doctrina política es inseparable de la organización partidista y las tareas administrativas ocupan un lugar subalterno.

El Partido existe para materializar el objetivo estratégico del programa y es éste el que determina las particularidades de aquel.

El objetivo estratégico del marxleninismotrotskysta es la revolución social, de la que surgirá la dictadura del proletariado o, en nuestro caso, el gobierno obrero-campesino.

La revolución social será protagonizada por la nación oprimida bajo la dirección de la política revolucionaria de la clase obrera. Esto explica la importancia de la célula como el eslabón que liga a la dirección partidista con las masas.

El Partido bolchevique está conformado por revolucionarios profesionales (una parte de la vanguardia obrera), organizados celularmente. Esto explica por qué este Partido será siempre minoritario con referencia a las masas explotadas, inclusive en el momento de la toma del poder y después.

El militante bolchevique es un profesional de la revolución, que domina la ciencia marxista y que, por esto mismo, se eleva por encima de las masas obrera, campesina y pequeño-burguesa; si proviene de esta última clase tiene que romper todo vínculo con ella. No se trata simplemente de que conozca la doctrina marxista, sino de que viva conforme a sus ideas y para la revolución, que se identifique con los explotados y oprimidos.

El Partido y los militantes no pueden buscar separarse de las masas, sino fundirse con ellas, pues su finalidad es dirigir a éstas hacia la revolución y la victoria. Tiene que penetrar en todos los sectores sociales y, en su caso, lograr la dirección de las organizaciones de masas.

Constituye un grueso error el pretender formar a los militantes imitando lo que se hace en las escuelas y universidades burguesas, encerrándolos en institutos especiales, totalmente marginados de la vida y de la lucha de las masas, a fin de que más cómodamente aprendan a recitar los textos clásicos, etc.

El militante debe formarse políticamente en el seno de las masas, buscando agrupar a los mejores elementos y dar respuesta a los problemas y cuestionamientos de las masas. En esta medida se verá obligado a asimilar debidamente el programa partidista y la doctrina marxista. En la medida en que se ve obligado a asimilar la experiencia de las gentes de su entorno, de expresarlas políticamente, de unir la lucha por las necesidades inmediatas con el objetivo estratégico, participa en la creación de las ideas, en la evolución del marxismo.

Es organizando y educando a los nuevos elementos, que se ve obligado a profundizar su conocimiento del marxismo, de las obras clásicas, etc. Es válida la conclusión de que para aprender hay que enseñar.

La mejor forma de asimilar el programa partidista, de comprobar sus aciertos y sus

limitaciones, radica en aplicarlo a la vida y lucha diarias de las masas, caldero en el que se van formando los cuadros partidistas.

El Partido y sus células van formando a los militantes, educándolos, vale decir, transformándolos en revolucionarios profesionales. Se trata de un proceso de selección muy severa. Van quedando únicamente los mejores, lo que explica por qué el Partido revolucionario es siempre minoritario.

En este proceso el propio partido se va transformando como resultado del trabajo selectivo.

Tratándose de elementos que vienen de la clase media, la selección no solamente es el resultado de la asimilación de la teoría y del programa, sino del hecho decisivo de si estos elementos rompen o no los vínculos con su clase, que es lo que define todo su destino. Tienen que aprender a vivir conforme a sus ideas y subordinar toda su existencia a la actividad partidista, lo que les obliga a modificar profundamente inclusive sus vinculaciones familiares. El militante revolucionario es aquel que concluye siendo vaciado en el molde programático y teórico.

Para los marxistas la unidad entre la teoría y la práctica -tratándose de la militancia cotidiana- no es ninguna especulación, sino el marco dentro del cual se desarrolla la militancia revolucionaria. Es inaceptable el divorcio entre las ideas o el programa y lo que hacen de manera vital los militantes.

Uno de los errores más graves que se comete con frecuencia consiste en que las células y el conjunto del partido vayan constantemente enfrentando los problemas como si los estuvieran descubriendo, como algo realmente novedoso.

El partido ha realizado una obra gigantesca a lo largo de su historia, que aparece volcada en una amplísima bibliografía. La propia existencia partidista es una constante polémica, como lo es la lucha de clases y la misma revolución. En esta polémica juega un papel de primerísima importancia la palabra impresa. De esta manera, se van acumulando los testimonios de la lucha diaria.

La actividad fundamental consiste en asimilar la experiencia y esta tarea tiene que ser necesariamente crítica y autocrítica. Este concepto también puede aplicarse tratándose de la asimilación de la teoría y del programa partidista.

Cuando hablamos del programa no nos estamos refiriendo a planteamientos

abstractos e invariables a lo largo del tiempo, sino a propuestas políticas que buscan ser la respuesta tanto a las modificaciones de la situación política como de la conciencia de las masas. Por esto mismo, el programa partidista se va modificando y lo ideal es que se supere, a fin de que pueda expresar acertadamente los objetivos que se plantean las masas.

La superación programática tiene como ejes fundamentales la crítica y la autocrítica.

El programa revolucionario es una propuesta que pretende interpretar las leyes del desarrollo y del cambio de la sociedad. Parte de la acción sobre la realidad social buscando transformarla, pero toda situación política cambiante es siempre inédita, no se repite, lo que exige una constante modificación. en el campo de la línea política. Lo más que puede exigirse de un programa es que sus líneas maestras correspondan a las leyes de la historia.

Las propuestas programáticas tienen su piedra de toque en el desarrollo de los acontecimientos históricos, es aquí donde se prueba su validez o no.

¿Cómo se procede para el verificativo de esta prueba del programa a la luz de los acontecimientos históricos? Usando de una manera franca y valiente la crítica, teniendo como instrumento fundamental el método marxista. Los actores de los cambios en la historia, particularmente los políticos, que tanto empeño ponen en dirigir y orientar a las masas, deben tener la suficiente capacidad teórico-política para someter a una severa autocrítica su propia conducta. Trotsky escribió que sólo está permitido realizar aquello que aproxima a las masas a su objetivo estratégico, aunque sea en medida muy pequeña y que se debe repudiar todo lo que las aleja de la revolución. Se precisa una alta capacidad teórica para explicar las causas de los equívocos cometidos en la lucha diaria, que eso es la autocrítica. Como se ve, se trata de lograr una constante superación del nivel político de la militancia, porque, en último término, la suerte de la sociedad depende de la justeza de los planteamientos programáticos, porque solamente este elemento puede decidir la victoria o la derrota en la lucha revolucionaria.

LA CRÍTICA Y LA AUTOCRÍTICA

En la formación de los militantes tiene que usarse como valioso auxiliar la crítica, tanto de la enseñanza como de la asimilación de los elementos teóricos y de su aplicación en la práctica.

De lo que se trata es de formar revolucionarios profesionales y corresponde señalar con toda nitidez en qué consiste esto.

Lo fundamental en la lucha de clases -no es más que la expresión social de la contradicción fundamental en la estructura económica de la sociedad- es la independencia política de los explotados frente a la clase dominante, a la ideología de ésta. Esa independencia de clase no es más que el resultado de la transformación del instinto del proletariado en conciencia política.

La conciencia de clase se basa en la propia experiencia de las masas, pero para que la transformación del instinto en conciencia pueda darse es preciso que esté presente la levadura de la ciencia social, del marxismo, que expresa las leyes de la existencia y desarrollo del sistema capitalista. Se puede decir sintéticamente que la conciencia de clase significa que los obreros saben cómo y por qué se los explota y oprime y, por tanto, cómo y por qué caminos pueden liberarse, es decir, dejar de ser explotados, proletarios.

Las masas antes de tomar el poder político derrotan ideológicamente a la clase dominante, es entonces que han madurado para poder pasar a una situación insurreccional.

Es el partido -la militancia organizada celularmente en el seno de las masas- el factor decisivo para la formación y evolución posterior de la conciencia clasista. De esta manera se logra colocar la madurez del factor subjetivo o partidista en el mismo nivel de la madurez alcanzada por el factor objetivo o económico.

De aquí debe sacarse una conclusión que tiene trascendencia en la actividad diaria. Las masas se mueven no pocas veces al margen del partido político o cuando está ausente éste del escenario; pueden inclusive protagonizar la lucha insurreccional y hasta derrocar al gobierno de la clase dominante que esté en pie hasta ese momento. Cuando decimos partido político nos estamos refiriendo al partido revolucionario, de la clase obrera, porque nuestro pensamiento se desenvuelve en el marco de la perspectiva de la revolución social. Un ejemplo de insurrección de las masas

proletarias al margen de su partido se dio en Bolivia en 1952.

Si de lo que se trata es de que los explotados conquisten el poder político y estructuren la dictadura del proletariado, es claro que esto sólo puede darse cuando el partido revolucionario timonea a las masas, solamente así los oprimidos de hoy pueden trocarse en gobierno y proyectar a toda la sociedad hacia la destrucción de toda forma de opresión de clase, es decir, hacia el comunismo.

De aquí se desprende que la tarea de mayor trascendencia consiste en la formación de los revolucionarios profesionales, vale decir, del partido del proletariado.

El revolucionario profesional es vaciado en la teoría marxista. Cuando decimos esto no nos referimos a que todo termina enseñando a memorizar algunos textos, hablamos de asimilar la teoría en la actividad cotidiana en el seno de las masas, en fin, de aplicar el marxismo a la lucha cotidiana de aquellas.

Tiene que comprenderse que el marxismo es un método que ayuda a conocer la realidad del país y de la mayoría nacional. Se debe asimilar críticamente todo el trabajo realizado en este plano, tanto en las filas partidistas como en las de la inteligencia pequeñoburguesa, etc.

La tarea central de los trotskystas bolivianos es la de realizar la revolución en Bolivia y para esto tienen que conocer todos los aspectos de este país, a través de la actuación sobre ella. El marxismo permitirá revelar las leyes de! desarrollo de esta sociedad. Unicamente siguiendo este camino se podrá elaborar y transformar el programa partidista. Todo lo que otros y el propio partido han elaborado antes tiene que pasar necesariamente por la criba de la crítica. La cambiante realidad obliga a rectificar y afinar nuestras concepciones.

El partido es programa, organización, y también historia, tradición, ha conocido éxitos y también derrotas y errores.

El partido no podría evolucionar y madurar sin asimilar su propia historia, lo que le obligaría a volver a repetir experiencias ya vividas y superadas.

La tarea indispensable de asimilar la propia historia necesariamente tiene que cumplirse con ayuda de la crítica y autocrítica.

Hablemos del POR. Su obra es gigantesca. Ha transformado no solamente a la clase

obrera, la ha transformado de clase en sí en consciente, sino a la propia historia. Por lo que ha hecho a lo largo de su existencia se ha convertido en un gigante que es objeto de discusión en escala mundial y no únicamente nacional.

El estudio de la historia partidista no puede limitarse a puntualizar sus aciertos y sus errores, sino que estos tienen que ser explicados, de manera que se comprenda por qué se dieron de una determinada manera y no de otra. La explicación de las causas de los equívocos permite superarlos debidamente y evitar que vuelvan a darse en el futuro.

Al mismo tiempo, se debe puntualizar las deficiencias del planteamiento político-programático actual y las causas que las han generado.

Unicamente de esta manera se puede realmente superar las limitaciones programáticas e incorporar a la doctrina las enseñanzas de las situaciones nuevas que puedan darse.

Las masas se ven obligadas a actuar en una situación política más elevada que la que se dio en el pasado. El partido para ser realmente dirección política y dar las respuestas adecuadas a la nueva realidad, tiene necesariamente que asimilar críticamente la experiencia vivida por los explotados y que, en cierta medida, es la experiencia de aquel. El presente lleva en sus entrañas los gérmenes del futuro. Sólo conociendo esos gérmenes y dándose cuenta de sus posibles proyecciones, se puede adoptar una línea política que se aproxime a la realidad. Esta es la importancia que tiene asimilar la experiencia acumulada por las masas y por el propio partido. Si no se procede así se vuelve a repetir situaciones que ya han sido enfrentadas en el pasado.

La tradición partidista se incorpora de manera inseparable a la evolución teórico-política. No somos adoradores de nuestro pasado, sino una voluntad empeñada en asimilarlo críticamente, para provecho de la organización partidista y dei propio proceso revolucionario.

Esta asimilación del pasado tampoco se limite a ser una lectura de los textos de historia política, sino que su finalidad es la de aplicar la experiencia ya vivida a la lucha que libran la militancia y las masas.

¿QUE ES UN REVOLUCIONARIO PROFESIONAL?

Algunos toman la afirmación de que el partido bolchevique -eso es el POR- es un partido de revolucionarios profesionales como una frase que debe ser repetida obligatoria y mecánicamente. Para nosotros es un aspecto fundamental de la organización y resume la propia doctrina marxleninista-trotskysta.

El revolucionario profesional no es el resultado de la formación teórica unilateral, sino, más bien, es el militante actuando en el seno de las masas, convertido en el instrumento más valioso del proceso revolucionario. Se puede decir que es inconcebible el partido llamado a conducir a las masas a la conquista del poder, de espaldas a los revolucionarios profesionales, organizados celularmente.

El revolucionario profesional no es solamente el que domina la ciencia social del marxleninismo-trotskysta, sino el que existe, vive y se mueve directamente de acuerdo a sus ideas revolucionarias. Se puede decir, de manera sintética, que es la encarnación humana del objetivo estratégico del programa partidista.

Hemos dicho que la independencia política de la clase obrera la define como revolucionaria, opuesta a la clase dominante y a su ideología. Todo esto se sintetiza en el revolucionario profesional. Expresión de las masas oprimidas y explotadas, encarna la revolución proletaria y la proyección de la sociedad hacia el comunismo.

Lo anterior quiere decir que el revolucionario profesional constituye el polo extremo y excluyente con referencia a la sociedad capitalista, que es su negación. Para poder elevarse a esa altura ha tenido que emanciparse -en el campo ideológico y de la vida diaria- de la clase dominante y también, de la pequeña burguesía, que como masa se aferra al campo capitalista.

El revolucionario profesional es el que tiene posibilidades de realizarse plenamente en la lucha como individuo, como teórico y como militante. Podrá llegar a este nivel si tiene la capacidad y el valor suficientes para romper todo vínculo de clase con la pequeña burguesía y con la clase capitalista. No debe depender por sus vínculos familiares, por los afanes carreristas -tanto en el aspecto social, económico y profesional-, de la burguesía ni de los sectores sociales doblegados ante ella. Debe conquistar la necesaria libertad para moverse plenamente al servicio de la revolución. Eso queremos subrayar cuando decimos que el revolucionario profesional vive para la revolución, que todas sus energías se ponen tensas y se

orientan hacia el objetivo de la victoria de la revolución.

Reiteramos que todo esto no se logra únicamente leyendo libros, sino soldándose en cuerpo y alma con la clase revolucionaria, con las masas en rebelión contra el orden social establecido.

El revolucionario profesional no nace, se forma en la batalla diaria, en el proceso de constante superación de todas sus limitaciones y errores. Es un estudioso del marxismo, pero lee los libros críticamente. No endiosa a los clásicos, sino que sus ideas y obras las somete a un severo análisis de evaluación.

Al mismo tiempo, es el militante que de manera constante va criticando y superando su propia conducta en la lucha diaria. Esta es la autocrítica y sin ella no podrá elevarse hasta el nivel de revolucionario profesional.

El revolucionario es el que se ha levantado contra el orden social establecido y el que toma en sus manos la tarea de educar, organizar y movilizar a las masas hacia el cumplimiento de la finalidad estratégica del programa. Por esto debe tener la más amplia libertad de movimiento y no someterse obligadamente a la burguesía por razón alguna. De esta manera estamos describiendo al revolucionario que aparece en la historia de los partidos leninistas: capaz de burlar la persecución policial y de llegar siempre con su palabra orientadora a las masas que precisan una dirección. Este militante ostenta un nombre de combate, carece de domicilio conocido y se mueve libremente por no tener impedimenta, está entrenado para ser organizador, propagandista y agitador.

El que no logra romper sus vínculos con su clase de origen, está seguro que se sacrifica -que se perjudica, que se frustra- sostiene que ha entregado su vida a la revolución y se agota en lamentaciones. Se trata de un elemento dispuesto a levantar las manos, a quebrarse, en cualquier oportunidad.

Los clásicos nos han enseñado que el que se entrega a la lucha revolucionaria lo hace con mucho placer, que está totalmente satisfecho porque es el campo apropiado para el desarrollo de sus aptitudes individuales, de su personalidad. Que sepamos ningún auténtico revolucionario ha echado lágrimas por haber dedicado a la lucha algunos años o toda su vida. Entre tantos otros podemos citar el caso de Rosa Luxemburgo, para quien la lucha diaria, la prisión, las persecuciones, eran motivo de gozo.

Lo anterior quiere decir que el revolucionario profesional cambia totalmente su vida, sus motivaciones y sus sueños. También en este plano es todo lo contrario de la vida de los pequeño-burgueses o de los empresarios capitalistas, sigue siendo la negación de la clase dominante.

El placer más grande para el revolucionario profesional consiste en comprender las leyes de la historia y en lograr interpretarlas debidamente, trabajo que se traduce en el programa partidista. No puede haber mayor placer que la constatación de que las predicciones partidistas del desarrollo futuro de la sociedad sean corroboradas por el desarrollo de los acontecimientos.

Los pequeñoburgueses que no tienen el coraje de romper con su clase, constituyen un serio peligro para el movimiento revolucionario y para el partido. El POR ha nacido, vive y se desarrolla en medio de la lucha de clases. La burguesía y sus sirvientes -incluyendo a los reformistas y revisionistas- no dejan de presionar sobre el partido revolucionario, de la misma manera que lo hacen con referencia al proletariado. En la descomunal lucha de la ideología revolucionaria contra la política burguesa, de manera constante el enemigo de clase busca capturar a sus sirvientes en el seno del partido revolucionario. Como enseña nuestra propia historia a veces los opresores logran su objetivo: capturan por el estómago y aprovechando la sed de figuración de los pequeñoburgueses que no han logrado evolucionar del todo en el marco del marxismo, introducen su política nada menos que en la vanguardia proletaria. Así actuó la burguesía internacional en el seno del partido bolchevique. Después de 1952, el nacionalismo de contenido burgués fracturó al POR por la columna vertebral de los intelectuales sedientos de gloria, de dinero y de fácil carrerismo político, etc.

Como se ve, no se trata de una cuestión baladí, sino de algo fundamental para el presente y el futuro del partido revolucionario. Si no se logra que los pequeño-burgueses -particularmente los intelectualizados- rompan todo vínculo con su clase y vivan la vida de los obreros, de acuerdo a la ideología trotskysta, se corre el gravísimo riesgo de que la burguesía los utilice como su punta de lanza dentro del partido para imponer su política. Muchas veces esta nefasta influencia es ejercitada de manera indirecta, a través de las tendencias reformistas y revisionistas.

Se tiene que concluir que es inconcebible la dirección revolucionaria de las masas sin la presencia militante de revolucionarios profesionales. Puede ser que los pequeñoburgueses sean buenas gentes, pero es necesario lograr que tengan la capacidad suficiente para entregar toda su vida a la revolución. De esto depende el

porvenir del proceso revolucionario.

No son suficientes las protestas de adhesión a la causa revolucionaria, hace falta que se transformen en hechos reales, palpables.

La organización celular permite que el Partido vigile la vida política y privada de los militantes, única manera de controlar de manera efectiva la formación de los revolucionarios profesionales. No puede argumentarse que la vida privada no debe ser observada ni criticada por la organización partidista porque corresponde a los individuos, considerados como un mundo intocable para los extraños. Para los bolcheviques esta argumentación es inaceptable. La vida privada tiene que subordinarse completamente a la actividad política militante y no a la inversa.

El revolucionario profesional tiene que capacitarse -estamos hablando de la formación teórica en la lucha en el seno de las masas- para usar oportuna y adecuadamente la autocrítica. Nadie puede dudar que tanto en el trabajo diario como en la elaboración de ideas se cometen errores. El militante tiene que explicarse las causas que motivaron los equívocos, a fin de poder superarlos en el futuro.

Hay errores y errores y es esto lo que no debe olvidarse en la actividad cotidiana. Algunos errores -y éstos son los más graves- caen en el ámbito de los principios, de la estrategia programática, por esto tienen un inconfundible contenido clasista. Si se cometen tales errores lo correcto radica en introducir una corrección radical, a fin de volver a ajustar la conducta y las ideas alas líneas maestras del programa. Los errores que se refieren a la línea táctica tienen un valor secundario, pero también corresponde superarlos autocríticamente.

Los elementos mal formados consideran que la autocrítica equivale a la autoderrota, a la confesión de un crimen. No hay que confundir la autocrítica como, práctica bolchevique con la deformación stalinista, que consiste en obligar compulsivamente a los perseguidos a confesar sus crímenes y su arrepentimiento, como pretexto justificativo de su eliminación física, de su encarcelamiento, etc.

Para nosotros la autocrítica es el poderoso instrumento que permite la superación constante del militante y su elevación hasta el nivel de revolucionario profesional.

La autocrítica es irreemplazable en el propósito y la necesidad de perfeccionamiento político-programático. Unicamente los elementos bien formados doctrinalmente pueden recurrir a la autocrítica para superar sus ideas y sus propios errores.

Es frecuente el caso de militantes que muy llanamente se limitan a sustituir unas ideas por otras, casi siempre copiando lo que dicen y escriben los críticos, a veces sin comprender debidamente el contenido de los nuevos planteamientos. Esa corrección aparente de errores y deficiencias se hace de manera mecánica.

De lo que se trata es de superar los errores y esto solamente puede lograrse usando la autocrítica, pues permite explicar las causas que generaron a aquellos.

La autocrítica puede ser el planteamiento que permita luego la discusión de toda la militancia, lo que es de gran provecho, pues permite elevar el nivel político del conjunto de la militancia. Pero también puede ser la discusión consigo mismo del militante que ha cometido un error o se da cuenta que sus formulacíones políticas son limitadas o deficientes.

Se tiene que partir de la certidumbre de que el militante se encuentra en constante transformación y que cuando mejora se va aproximando a convertirse en un cuadro revolucionario de gran valía. Se objetará acertadamente que resulta inconcebible un revolucionario perfecto, pero lo evidente es que el revolucionario profesional debe ir superándose constantemente.

En la historia del POR hay ejemplos de revolucionarios profesionales, que, sobre todo, conocieron la escuela de la célula y de las cárceles. Es cierto que la prisión permite a los militantes pasar revista a toda su actividad y descubrir sus deficiencias y errores. Sin embargo, el que realmente quiera superarse todos los días debe también someter a una autocrítica severa todo lo que hace, dice y escribe en la actividad cotidiana.

En resumen, la crítica y autocrítica deben ser empleadas de manera constante por las células y también por los militantes.

Ni duda cabe que los más grandes revolucionarlos profesionales poristas a lo largo de la historia del trotskysmo boliviano han sido José Aquirre Gainsborg, César Lora, Isaac Camacho, Agar Peñaranda, Miguel Alandia, etc. Son los espejos en los cuales debe mirarse la militancia de hoy, a fin de luchar incansablemente por elevarse hasta esas alturas.

Son remarcables los casos de César Lora y de Camacho. Venían de la clase media y se transformaron en obreros, no solamente por haber ingresado a los socavones o por percibir salario, sino porque vivieron la vida de sus compañeros de trabajo,

los organizaron y educaron. De esta manera se convirtieron en caudillos netos de los aguerridos mineros. Lograron transformarse en la dirección de las masas que luchaban en el más importante laboratorio social del país, en la mina Siglo XX.

No se limitaron a desenvolverse como agitadores y propagandistas, sino que elaboraron ideas, como se constata en los "Escritos" de César Lora. El método que empleaba es digno de ser imitado: discutía los problemas con los obreros y las concluciones volcaba al papel.

César Lora, Camacho, Aguilar, etc., vivieron para la revolución y se realizaron como militantes.

Agar Peñaranda fue una gran revolucionaria, porque logró formarse como teórica y aprendió a organizar a los de abajo y a propagar generosamente las ideas trotskystas. Fue valerosa porque supo romper con su medio y con su clase y vivió para la revolución.

Todos ellos fueron auténticos trotskystas. No actuaron por amistad o vínculos familiares, defendieron el programa que lo consideraban acertado y trabajaron denodadamente para sacar adelante al partido en sus etapas críticas.

Durante la escisión con los pablistas se convirtieron en los puntales del POR fortalecido y pujante, que logró concentrar a importantes contingentes obreros. A ellos se debió la reorganización partidista y su entroncamiento en el seno de las masas.

Los militantes deben leer la vida de esos admirables revolucionarios , así tendrán idea de lo que es un revolucionario profesional y lograrán conocer la historia política de Bolivia y del propio POR.

LA MORAL DEL REVOLUCIONARIO PROFESIONAL

Los pequeño-burgueses carreristas, los oportunistas, los que persiguen el dinero y los que entregan con cuentagotas sus energías a la causa revolucionaria, que consideran que la política está al margen o por encima de la moral, que en la actividad diaria pueden usarse todos los medios. Esto es una extrema inmoralidad y observamos cotidianamente que se utilizan todos los medios para conseguir fines inconfesables.

Los marxleninistas-trotskystas saben perfectamente que una de sus grandes armas es la verdad, esto porque encarnan al proletariado y a las propias leyes de la historia. La mentira y la impostura son propias de la burguesía y de sus sirvientes reaccionarios en decadencia. Los revolucionados no mienten, no sostienen lo que no creen, no engañan. Saben que su política encarna la verdad y que tienen que proclamarla y defenderla inclusive contra la opinión de las masas, corriendo el riesgo de quedarse solos.

En los períodos de la contrarrevolución, los bolcheviques tienen que aprender a nadar contra la corriente, a permanecer al margen de las masas. Es el precio que se paga por mantener en alto la estrategia revolucionaria, que se convertirá en faro que ilumine el camino de los explotados, no bien estos comiencen a radicalizarse de nuevo. Lo que hace el partido es preparar -en las peores condiciones- la victoria de la lucha revolucionaria.

Este es un ejemplo de la conducta que deben observar los revolucionarios de manera invariable frente a las masas. No pueden engañarlas, tienen que decirles la verdad sobre todas las cosas, sin tener miedo de ser rechazados.

Igual actitud observarán en los períodos electorales, tanto en las etapas en las que el pueblo tiene todavía ilusiones democráticas, como en los períodos en que ya nada esperan de las elecciones, de la democracia burguesa y las repudian francamente. El partido proclamará que la democracia formal no es otra cosa que la dictadura de la burguesía y que las garantías que pregonan los politiqueros no llegan hasta el grueso de las masas; opondrá al electoralismo y al gobierno de los explotadores la dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino). Todo esto sin tener miedo de perder votos. En las etapas en las que impera aún el cretinismo parlamentario y si los trotskystas llegan al Legislativo tienen que cumplir una misión concreta: convertir sus curules en tribuna revolucionaria, en palestra para movilizar a las masas por el camino de la acción directa.

Si decimos que nuestro escudo es la verdad, no podemos entretener y desorientar a las masas con falsas promesas, con mentiras o agachando la cabeza ante las formulaciones de los reformistas y revisionistas. La finalidad estratégica no debe ser ocultada y si, más bien, proclamada en voz alta en todas las oportunidades. Cuando los dirigentes y los militantes poristas se acomodan a las formulaciones políticas de los reformistas, quiere decir que ya se están deslizando por la pendiente del reformismo, que se están preparando para traicionar los objetivos revolucionarios.

El partido bolchevique -por su propia naturaleza- aprovecha todas las libertades y garantías existentes para organizarse y realizar sus actividades legalmente, pero, al mismo tiempo lleva una existencia y mantiene canales y estructuras estrictamente clandestinas. No hay que olvidar en ningún momento que el Partido Obrero Revolucionario es una organización conspirativa, que existe y se mueve buscando destruir al capitalismo y a la estructura gubernamental de éste.

El trabajo clandestino -imprescindible en todas las circunstancias- obliga a compartimentar rigurosamente a las organizaciones encargadas del trabajo conspirativo, mantener en una estricta clandestinidad a los militantes que se mueven en este ámbito y que deben estar ligados a ciertos militantes de la dirección únicamente. No hay que olvidar que la policía puede incrustar a sus especialistas en espionaje hasta en niveles altos de la dirección partidista.

Poner al desnudo o comprometer con ligerezas a la militancia, rebelar el nombre de los reales o supuestos responsables de la dirección, equivale a una delación, que debe ser severamente castigada. Hay que cuidar celosamente a los militantes, a la dirección y a las células.

¿Cuál es la viga maestra de la moral revolucionaria? Hacer únicamente lo que permite a las masas aproximarse -no importa que en medida pequeña- a la revolución y repudiar todo que las aleje de la finalidad estratégica. Es inmoral el contubernio con el enemigo de clase o con sus sirvientes. El colaboracionismo clasista no puede aceptarse bajo ningún pretexto. Concentramos y preparamos a las masas para que se enfrenten con la burguesía, todo intento de disolverlas, someterlas al enemigo de clase es inmoral porque constituye una traición al objetivo revolucionario.

CENTRALISMO DEMOCRÁTICO, CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA

El centralismo democrático constituye la viga maestra de la organización del partido revolucionario y consiste en lo siguiente:

1) Una dirección nacional única y prohibición de toda estructura federalista de los comité regionales o de las células. Todos los militantes y las organizaciones tienen como finalidad de trabajar en el marco del programa y de la línea política oficial.

2) El trabajo centralizado consiste en que el partido llega hasta las masas con una sola línea política aprobada en el congreso respectivo, lo que no supone que no haya divergencias internas y discusiones coordinadas por la dirección.

3) El severo centralismo -imprescindible para poder dirigir a las masas- deben complementarse con una amplísima democracia interna. El centralismo exige y se complementa con la democracia dentro de la organización partidista.

La democracia es tan amplia que los estatutos reconocen y garantizan el derecho de fracción y de discrepancia con la dirección. Todo esto en el marco del programa.

4) Lo anterior supone que ningún militante o fracción conformada por militantes puede ser hostilizado o perseguido por sus ideas.

Sería un verdadero crimen -digno del stalinismo contrarrevolucionario- el que se someta a presiones o se hostilice, lo que es ya persecución, a los militantes porque conversan, discuten o leen a ciertos camaradas. Los que estén dentro del partido no son enemigos de clase, mucho más si se mantienen fieles al programa o lo propagandizan.

5) La persecución y los regímenes policiales son extraños al bolchevismo, al centralismo democrático y a la democracia interna. El deber elemental de los militantes consiste en combatirlos y marginarlos del partido.

La amplia democracia interna permite preparar debidamente el trabajo partidista en el exterior, en el seno de las masas. La dirección caería en una peligrosa desviación stalinista si eliminase la discusión interna -se supone que es la discusión en las células y no únicamente en los niveles de la dirección- buscando sustituirla por una franca o disimulada dictadura de la dirección.

Si se presentan tales peligros, constituye un deber elemental emprender una lucha sistemática por el retorno a la amplia democracia interna tradicional.

La democracia interna permite que todos los militantes -tanto los que estén de acuerdo con la línea oficial como los opositores- estén bien preparados para el trabajo en el seno de las masas. Los que discrepan con la dirección saben en qué radican las diferencias y por qué, a pesar de esto, permanecen aún en el partido.

Una buena elaboración de la línea política partidista -necesariamente genera discrepancias y lucha interna- no puede darse si la democracia ha sido cercenada.

La democracia interna supone una amplísima crítica a la dirección y a los planteamientos políticos. Se tiene que partir del convencimiento de que si hay discrepancias -y en un partido bolchevique con vida tiene que haberlas- se darán la crítica y la autocrítica; cuanto más amplia sean éstas mejor para la salud del Partido Obrero Revolucionario.

La elaboración de la línea política supone el análisis y la discusión -tanto vale decir la crítica- de la política y de la actuación pasadas del partido. Se trata de superar los errores -todo trabajo en el seno de las masas esta acompañado de tropiezos e imperfecciones- y de potenciar los aciertos, además de dar respuesta a los problemas que va generando la cambiante situación política. Esta tarea solamente se puede realizar exitosamente a través de una severa autocrítica.

RESUMIENDO:

No se trata de decir simplemente que corresponde ejercitar tanto la crítica como la autocrítica, tanto individual como colectivamente. Si la cosa quedase ahí se trataría de una postura baladí y hasta demagógica.

Se trata de someter a una severa crítica y autocrítica la propia política partidista, la conducta de la dirección, de las células e inclusive de los militantes. Únicamente así se puede revelar, explicar y superar los errores cometidos.

Algo más importante, corresponde elaborar colectivamente la línea política partidista y esto solamente se puede hacer colectivamente y usando la crítica y la autocrítica.

Hay que reiterar que el partido debe poner mucho empeño en madurar y así lograr el elevado nivel que le permita tener capacidad para usar con provecho la crítica y la autocrítica.

Corresponde salvar el abismo que actualmente existe entre el programa porista y toda la colosal obra cumplida por el partido y el bajísimo nivel teórico-político de la militancia.

Hay que cumplir esta titánica tarea para que la militancia, las células y hasta la dirección puedan usar con provecho la crítica y la autocrítica, en la perspectiva de contribuir a la superación del Partido Obrero Revolucionario.

Por extraño que parezca, en este momento nos encontramos frente a la tarea de comprender en toda su profundidad el concepto y la práctica de la democracia interna. Sólo cumpliendo este objetivo se podrá practicar con provecho y acertadamente la autocrítica, inclusive en los niveles de dirección.

Planteado el problema se comienza a comprender que nos encontramos ante el desafío de unir el presente con el pasado, con la rica experiencia partidista y esto de manera inmediata.

Es una ventaja y un aliciente el que se hubiese acumulado tanto material bibliográfico que puede ser utilizado como para la materialización del objetivo que se busca.

G. Lora

Noviembre de 1992.